

La Tumba Vacía en la Mañana del Día de la Resurrección

Un sermón para la Pascua basado en Mateo 28:6

Por Rev. G. Van Reenen (sermón 18a)

Salterio 120:2, 3

Salterio 3:4

Mateo 28:1 - 10

Salterio 128:2, 3

Salterio 260:1, 2, 3

Salterio 381:2, 3

Introducción

“Yo soy el primero y último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén” (Ap. 18:17, 18). Esta voz, que fue oída por el apóstol Juan en la Isla de Patmos de los labios de Cristo, ya resuena en todo el mundo hasta los confines de la tierra, como el mensaje de gozo en este Día de Pascua. Sí, en estas horas se proclaman estas preciosas palabras: *“Ha resucitado el Señor verdaderamente”* (Lc. 24:24). Estas palabras: *“Estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos”* son un bendito consuelo para el pueblo de Dios que anda en este mundo con su carga de pecado y la pena de muerte. Estas palabras se dirigen a ti, pobre alma condenada en medio de nosotros; estas palabras te aseguran que no morirás por la espada del enemigo, porque Él entró a la muerte voluntariamente. Él anuncia a todos los pecadores miserables que ha resucitado, *“Para apartar su alma del sepulcro, y para iluminarlo con la luz de los vivientes”* (Job 33:30).

Estas palabras son de gran consuelo para ellos que han aprendido a lamentar con el Salmista: *“Pusiste nuestras maldades delante de ti, nuestros yerros a la luz de tu rostro”* (Sal. 90:8). Ahora ellos escuchan el gran mensaje: *“He puesto el socorro sobre uno que es poderoso”* (Sal. 89:19). Él ha vencido la muerte para ellos, y Él no sólo murió por sus pecados, sino que también resucitó para su consuelo y salvación.

Cuando esta mañana escuchamos estas buenas noticias de la tumba vacía, debemos regocijarnos y decir: *“Este es el día que hizo Jehová; nos gozaremos y alegraremos en él”*, pues *“La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo. De parte de Jehová es esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos”* (Sal. 118:22-24).

No hay día que merezca ser recordado más que el día de la resurrección del Señor, pues en este día se declara a la Iglesia de Dios en general, y a cada hijo de Dios en particular, que su redención y salvación es segura, que todos sus enemigos han sido conquistados, y que el Paraíso de la bendita comunión de Dios ha sido restaurada por Jesús.

Las palabras *“estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos”* también se dirigen a las personas no salvas como palabras de admonición. Estas palabras les dicen: *“Convertíos, y apartaos de*

vuestras transgresiones...¿Por qué moriréis, casa de Israel? Porque no quiero la muerte del que muere, dice Jehová el Señor; convertíos, pues, y viviréis” (Ezeq. 18:30-32). Enemigos de Cristo, este mensaje les exhorta a echar sus armas a los pies del Príncipe de la Vida, y arrodillarse en el polvo ante Él, rogándole perdón y gracia, antes que arda Su ira contra ustedes y sean echados al fuego del infierno.

Por otro lado, estas palabras se dirigen a aquellas almas que tienen sed de Dios, y les dicen: *“Porque yo vivo, vosotros también viviréis”* (Jn. 14:19). Como dijo Jesús a Marta: *“¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?”* (Jn. 11:40).

Queridos amigos, en esta hora de conmemoración vamos a ir en nuestros pensamientos al huerto de José, y vamos a pasar un tiempo al lado de la tumba vacía. Esta tumba vacía nos dice mucho; nos predica cosas gloriosas e importantes. Las palabras de nuestro texto se encuentran en Mateo 28, versículo 6: *“No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto del Señor”*. Vamos a considerar

La Tumba Vacía en la Mañana del Día de la Resurrección

Vamos a considerar tres pensamientos principales en cuanto al tema de la tumba vacía:

- 1. La victoria de la tumba vacía y lo que proclama;**
- 2. El terror de la tumba vacía y lo que se llevará a cabo; y**
- 3. El consuelo de la tumba vacía y lo que revela.**

PRIMER PENSAMIENTO

Querida congregación, según los historiadores más capaces, fue la mañana del 9 de abril del año 30 de la época cristiana cuando siete mujeres, unidas por el lazo del amor y llenas con el mismo deseo, se apuraban hacia la tumba con un mismo propósito. Todavía estaba oscuro, pero salieron de las calles de la ciudad, en las cuales hace tres días se había oído el clamor: *“¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!”* Tres días antes, esas calles habían estado llenas de la multitud enfurecida que empujaba hacia el lugar de la crucifixión a un Hombre que fue torturado, y Quien había sido condenado a la muerte siendo completamente sin culpa. Este Hombre, Jesucristo, fue a Quien las siete mujeres amaban. Todo fue oscuro para ellas; al parecer, su fe había sido en vano y perdieron toda su esperanza; sin embargo, se quedó el amor que tenían por Él, pues aun este Jesús muerto era más fuerte que la muerte misma.

También el futuro les parecía oscuro a las mujeres; ¿qué les pasaría? Él de Quien ellas habían esperado tanto y en Quien habían puesto toda su confianza ya está muerto. Oh, ¡estas mujeres habían perdido tanto! Mientras que estas mujeres caminaban hacia adelante, silenciosas y sin hablar por causa de su tristeza profunda, su condición se pone aún más oscura. De repente piensan en la piedra, esa gran

piedra, que se había colocado delante del sepulcro de Él para Quien querían hacer el último hecho de amor: iban a la tumba para ungir Su cuerpo.

Mientras que el día comienza a amanecer, la condición de estas mujeres se pone aún más oscura. ¡Jesús no está ahí! ¡Qué cosa más terrible! ¡Alguien Lo ha robado, y saben dónde Lo han llevado! Sin embargo, queridos amigos, ustedes ya saben la historia: un mensajero celestial les espera con la noticias gozosas: “*No está aquí, pues ha resucitado como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor*”. Con estas palabras, el ángel les muestra la tumba vacía.

¿Quién podrá expresar las emociones de estas mujeres al escuchar estas noticias! Ellas fueron a ungir al Cristo ya que pensaban que había sido conquistado por el pueblo y estaba muerto e indefenso, y ahora escuchan que está vivo, y que Él ha ganado la victoria más grande de cualquier batalla jamás. Si Cristo era muy amado por Su pueblo mientras colgaba sangriento en Gólgota, ¡cuánto más precioso es para Su pueblo como el Conquistador, como el Príncipe de la Vida!

¿Qué fue conquistado con esta victoria de Jesús? Con un ojo fijado en la tumba vacía, y al mirar el sudario que había esta sobre la cabeza de Jesús, podemos decir que esta victoria ha conquistado la muerte. Aquí vemos que la muerte tenía que entregar su presa; la muerte está vencido en su propio terreno, para que el apóstol pudiera exclamar: “*Sorbida es la muerte en la victoria*” (1 Co. 15:54).

Esta victoria también ha conquistada la maldición de la Ley, que está sobre toda la descendencia de Adán como la consecuencia de la rotura del Pacto. Esta maldición de la Ley también está sobre los que fueron amado por el Señor y elegido en Cristo desde la eternidad, y les causa mucha angustia y tristeza. Sin embargo, con la victoria de la tumba vacía, esta maldición ya está sepultada.

La victoria de Cristo y Su tumba vacía ha conquistado el pecado mismo. Los pecados de Su pueblo se encuentran enterrados ahí; son quitados para siempre para el pueblo de Dios. Por lo tanto, hijo de Dios, “...*el pecado no se enseñoreará de vosotros, porque no estáis bajo la ley, sin bajo la gracia*” (Ro. 6:14). Es más, esta victoria ha conquistado “el espíritu del infierno”, cuyo nombre es el diablo, Satanás. Se le quitó la llave de la cárcel eterna de aquel carcelero infernal.

Por último, esta victoria ha conquistado el cielo. Por causa del pecado el cielo era un lugar prohibido para nosotros; esta preciosa casa del Padre con sus muchas mansiones nos había sido cerrada, y un ángel con una espada encendida impedía el camino a nosotros. Pero ahora este cielo está conquistado de nuevo, y las barreras ante ello han sido quitadas. El ángel y su espada se han desaparecido, y ahora la puerta del cielo está completamente abierta día y noche, ya que el último centavo ha sido pagado, y ha habido expiación para la gran deuda que teníamos. Todos los salvos ya son quitados de las manos de Satanás por Él que vive por los siglos de los siglos y tiene las llaves de la muerte y del infierno. (Ap. 1:18).

No obstante, ¿Quién consiguió esta victoria? El Conquistador es nuestro amado y precioso Jesús. Es Él que estuvo muerto pero vive ahora. Lo hemos visto entregar Su vida en Gólgota, y ahora Lo vemos

tomarla de nuevo. Sólo Él pudo conseguir esta victoria, porque es el Santo y sin mancha, Quien nunca cometió ningún pecado. En Su concepción y nacimiento era el Santo, y nunca tuvo esa herencia de culpa de nuestro padre, porque Él no fue de Adán. También Jesús era el Santo en Su hablar y en Su silencio; en todas Sus acciones Él amó a Dios sobre todo y a Su prójimo como a Sí Mismo. Siempre guardaba la Santa Ley de Dios con todas sus exigencias; hizo lo que se requirió y no hizo lo que se prohibió. Por tanto Él pudo decir: “¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?” (Jn. 8:46).

Aunque la paga del pecado es la muerte, esta muerte no pudo exigirle nada, pues Él era sin pecado. Así que la muerte no tenía ningún poder sobre Él; más bien, no era obligatorio que Él muriera, tal como es nuestro caso. Sin embargo, de Su libre voluntad Él se entregó a la muerte. Jesús no conquistó la muerte al aplastarla con poder, sino que venció la muerte al tomarla sobre Sí Mismo. Y cuando esto se cumplió y se había cumplido la señal de Jonás, y al yacer en la tumba para comprobar que realmente había muerto, Jesús tomó Su vida de nuevo, así quitándola de la cárcel de la muerte. Y ahora la tumba está vacía. En vista de eso, toda la Iglesia de Dios puede decir con el apóstol Pablo: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” (1 Co. 15:55)

¿De qué testifica esta victoria, y por qué era necesaria?

En primer lugar, para cumplir las profecías. Siglos antes, oímos la voz del Mesías proclamando esta victoria en Salmo 16:10: “*Porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción*”. El profeta también habló de esto en Isaías 53:10: “*Vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada*”. Jesús Mismo dijo en Juan 2:19: “*Destruid este templo, y en tres días lo levantaré*”. Aun Sus enemigos, los judíos, entendieron que estas palabras se referían a Su resurrección, porque cuando estaba muerto Jesús, dijeron a Pilato: “*Nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: Después de tres días resucitaré*” (Mt. 27:63). Además, pensemos en la señal de Jonás, quien estuvo dentro del vientre del gran pez por tres días y tres noches; como Jesús dijo en Mateo 12:40: “*así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches*”.

En segundo lugar, esta victoria era necesaria por el honor de Dios Padre. Cristo entró a la cárcel de la muerte para satisfacer los requerimientos de la justicia de Su Padre. No obstante, esta justicia inmutable también exigió que el Padre otorgara a Cristo la victoria al satisfacer Su justicia, y así hizo el Padre al levantarlo de los muertos.

En tercer lugar, esta victoria era necesaria para aclarar los misterios de los sufrimientos del Mediador. Tenía que ser revelado que Jesús no sufrió como malhechor, ni tampoco como mártir, sino que Sus sufrimientos fueron según el plan del Pacto de Dios para salvar a los elegidos. Se tenía que demostrar que Jesús era el Fiador y Salvador ordenado del Padre. Por tres días el príncipe de la muerte y sus poderes pudieron celebrar su supuesta “victoria”, pero a los tres días todo cambió. Miren esa tumba vacía; todos

los poderes del infierno son conquistados y avergonzados; la cabeza de la serpiente está herida, y se ha anulado la maldición de la Ley que decía: *“El día que de él comieres, ciertamente morirás”* (Gn. 2:17).

Por último, esta victoria era necesaria para redimir a la multitud de los elegidos cuyos nombres están en el Libro de la Vida. Hijos de Dios, nosotros éramos esclavos del infierno, presos de la muerte, y prisioneros de Satanás, y habríamos quedado así siempre si las Manos victoriosas de Cristo no hubieran destruido las “cerraduras” que nos mantenían cautivos. Satanás nunca habría dejado suelta su presa, y Moisés jamás habría revocado las exigencias de la maldición de la Ley, y nunca habríamos sido salvos de la ira terrible de Dios si Cristo no nos hubiera conseguido la victoria a través de Su muerte. ¡Qué el Señor sea alabado de los siglos hasta los siglos! ¡Se ha ganado la victoria!

SEGUNDO PENSAMIENTO

En nuestro segundo pensamiento, vamos a considerar **el terror de la tumba vacía y lo que se llevará a cabo**. La tumba vacía, o mejor dicho el Cristo resucitado, también trae terror y temor entre todos aquellos que se declaran enemigos de Dios y Su Ungido.

Fijémonos en los guardas armados: *“De miedo de él los guardas temblaron y se quedaron como muertos”* cuando los mensajeros de Dios descendieron del cielo y removieron la piedra del sepulcro, y cuando el Jesús resucitado salió como Conquistador de la tumba y de la muerte. Aun hubo un gran terremoto cuando el ángel del Señor, como siervo del Padre y de Cristo, descendió para abrir la tumba. Miren el gran terror que sobreviene a estos enemigos; huyeron del lugar de la tumba con gran miedo.

Oh queridos amigos, los “héroes” de la maldad se atrevieron a burlarse de Cristo mientras agonizaba en la cruz, pero se huyen ante el Jesús vivo. Bien puede decir el poeta del Salmo 68:1, 2: *“Levántese Dios, sean esparcidos sus enemigos, y huyan de su presencia los que lo aborrecen. Como es lanzado el humo, los lanzarás; como se derrite la cera delante del fuego, así perecerán los impíos delante de Dios”*.

¡Qué gran terror sobrevino a los ancianos y sumo sacerdotes cuando escucharon lo que había acontecido de los labios temblorosos de los guardas! Sí, estos hombres religiosos de piedad hipócrita fueron llenos de terror. La sentencia de la muerte que había sido planificado con tanta astucia ha sido en vano; todos sus esfuerzos han sido inútiles. ¡Cuánto habían esperado abrir la tumba después del tercer día para poder decir: “Miren, ahí yace el engañador que pretendía ser Hijo de Dios”. Ahora, sólo la vergüenza y el terror los esperan.

Sin embargo, su orgullo y su enemistad interminable no los permiten aceptar la derrota, e intentan tomar medidas para evitarla. Queridos amigos, así podemos ver qué efecto tiene este terror sobre una persona por naturaleza. Habría sido de mucha bendición si estos ancianos y escribas hubieran ido a Jesús, cayendo a Sus pies, aceptando Su culpa y pidiéndole perdón. Sin embargo, no sucede así. Al contrario; su enemistad arde aún más, y ahora conspiran para quitarle a Cristo Su corona de honor, y al hacer así

endurecerse aún más contra Él. Oh amigos, aun si un ángel del cielo entrara en medio de nosotros esta mañana, y aunque removiera la tierra aquí, es más, aun si Jesucristo Mismo apareciera entre nosotros ahora, sin la gracia todopoderosa que renueva el corazón, nosotros también nos negaríamos a caernos delante de Él. Aunque nos diera miedo y hasta terror en nuestra alma, a pesar de eso nuestra enemistad y rebelión seguiría sin la obra de la gracia en el corazón. Esto se manifiesta con los ancianos de Israel y los guardas llenos de terror. Si un terremoto o la aparición de un ángel pudieran convertir a una persona, lo habría hecho ahí por la tumba.

Sin embargo, ¿qué sucede? Los guardas reciben un soborno para divulgar la mentira inventada por los ancianos cegados: que durante la noche los discípulos habían robado el cuerpo de Jesús. Cuando los guardas decían que les daba miedo porque pensaban que el gobernador les castigaría, los “religiosos” les dijeron: “*Si esto lo oyere el gobernador, nosotros le persuadiremos, y os pondremos a salvo*” (Mt. 28:14). ¡Cuántas mentiras se dicen por un poco de dinero!

De esto podemos ver cuál es el efecto del terror en la consciencia de una persona sin la obra salvadora de la gracia y del Espíritu Santo. ¡Cuántas personas en nuestro día, también entre nosotros, siguen persistiendo en su enemistad y corazón endurecido, a pesar de que su consciencia les amonesta, y aunque saben con su mente que necesitan ser convertidos y tienen que conocer a Jesús como Su Salvador! Oh queridos amigos, no sigan así, sino que hagan caso a lo que los guardas que huyen les predicán. Nos declaran el juicio que vendrá sobre todos los que aborrecen a Dios y Le dan la espalda. La hora viene cuando Cristo vendrá en las nubes para juzgar a los vivos y a los muertos, y todo ojo Lo verá. Aquella hora sería terrible para los que mueren en sus pecados, mucho más terrible que la aparición de Jesús la mañana del Día de la Resurrección. Entonces Él vendrá con Sus millones y millones de ángeles (Ap. 5:11), y los guardas estaban llenos de terror al ver apenas uno de ellos. No obstante, en aquella mañana los guardas sí podían huir, pero en el Día del Juicio eso ya no será posible. Los enemigos de Jesús no podrán huir a ningún lado, y no van a poder escapar jamás. Sí, queridos amigos, estos guardas nos proclaman la destrucción total de todos los que no quieren que Jesús reine sobre ellos. El Salmo 2 nos advierte lo que hará el Señor a Sus enemigos en aquel día: “*Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás*” (Sal. 2:9). Por lo tanto, pecadores, “*Sed prudentes...Honrado al Hijo, para que no se enoje, y perezcáis en el camino; pues se inflama de pronto su ira*” (v. 10-12). Bendito es el hombre que huye a Cristo con todos sus pecados y su miseria; sí, bendito es el hombre que huye “a” Él y no “de” Él, del Cristo Viviente.

TERCER PENSAMIENTO

En nuestro tercer pensamiento vamos a considerar **el consuelo de la tumba vacía y lo que revela.**

Primeramente tenemos que preguntar: “¿Para quién es este consuelo?” Es muy evidente que este consuelo no es para las personas del mundo que son enemigos abiertos de Dios. ¿Qué consuelo tendrían en la resurrección de Cristo los que profanan el Día de Reposo, o los que pasan su tiempo mirando películas o la televisión. Al contrario, los malos desean que la tumba quedara cerrado y que Cristo no hubiera resucitado.

Tampoco es este consuelo para las personas “religiosas”, es decir, las personas que son justos en sus propios ojos y buscan el cielo para los beneficios. Oh congregación, tales personas ya tienen lo suficiente en el hecho de tener un nombre que viven, aunque están muertos (Ap. 3:1). En sí mismos son ricos y se han enriquecido, y no saben que son desventurados, miserables, pobres, ciegos y desnudos. (v. 17). Estas personas no conocen su necesidad de un Salvador vivo, y por lo tanto no tienen ninguna relación con Él.

El consuelo de la tumba vacía es para un pequeño grupo de personas. Sí, es verdad que el día viene cuando se verá que es una gran multitud que nadie podrá contar; sin embargo, en comparación con el mundo y las personas satisfechas con sí mismas, es un pequeño grupo. Las Sagradas Escrituras hablan acerca de esto; los llama un pequeño rebaño, el gusano de Jacob, y los compara con una “...*enramada en viña, y como cabaña en melonar, como ciudad asolada*” (Is. 1:8).

Para aquellos que preguntan: “¿Cuáles son estas personas para quienes este consuelo de la tumba vacía ofrece un tesoro de consuelo?”, les diría lo siguiente:

En primer lugar, es un pueblo elegido. Es el pequeño rebaño que ha sido escogido por el Padre y Su infinito poder desde la eternidad, en Su amado Hijo, y vendrá de todas naciones, tribus, pueblos y lenguas de la tierra. ¿Acaso no fue revelado así en el Día de Pentecostés? Había tres mil conversos de todas naciones y lenguas.

En segundo lugar, es un pueblo que es culpable y merece la muerte eterna. Oh queridos amigos, todos los que son consolados con las noticias de la tumba vacía han merecido la muerte mil veces. Es cierto que cada descendiente de Adán merece la muerte, pero la mayoría no lo sabe, no lo cree, y se rebela contra la justicia de Dios cuando le quita la vida. Sin embargo, este pequeño rebaño se da cuenta de que merece la muerte, y confiesa ante el Señor que no merece la vida. Se dan cuenta de que Dios sería justo si los echara a la destrucción eterna.

En tercer lugar, es un pueblo angustiado. Para este pueblo no es posible seguir con el cristianismo que va regocijándose hacia la destrucción. Por supuesto que este pueblo también conoce momentos de gozo cuando pueden gloriarse en el Señor, pero en su mayoría esos días de gozo son pocos. Mayormente este pueblo tiene que quejarse por sí mismo. “*¿Por qué se lamenta el hombre viviente? Lámentese el hombre en su pecado*” (Lm. 3:39). Es más, si este pueblo tan sólo *pudiera* lamentarse, esto aliviaría su angustia; sin embargo, tantas veces encuentran que no puede encontrar un lamento verdadero en su alma.

En cuarto lugar, es un pueblo que llora. Muchas veces se refiere a ellos como los que lloran en Sion. Oh, para ellos hay tanto en su corazón y en su casa, tanto en la iglesia y en la vida de qué llorar. Lloran por sus pecados; lloran por estar sin Dios; lloran por ser la causa de los sufrimientos de Jesús. Oh queridos amigos, el camino del pueblo de Dios es un camino de lágrimas muchas veces. Pero para este pueblo, es de mucho consuelo saber que el Señor conoce sus angustias y tristezas. Él conoce a aquellos que por la gracia tienen esa tristeza que es según Dios y produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse (2 Co. 7:10). Oh, este pueblo experimenta muchas veces las palabras de Jesús en Mateo 5:4: *“Bienaventurados son los que lloran, porque ellos recibirán consolación”*.

En quinto lugar, es un pueblo que busca a Dios. Sin el Señor este pueblo no tiene paz en su corazón, y sin Su presencia a ellos les falta todo lo necesario para esta vida y la vida venidera. Este pueblo no pertenece a aquellos pasivos que hablan acerca de lo que no tienen, pero no hacen nada para buscarlo. No, este pueblo sale en busca de Él, y por eso el ángel de Dios también puede dirigirse a ellos con las palabras: *“Yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado”*.

En sexto lugar, es un pueblo “necio”, porque tantas veces busca a Jesús donde no se encuentra. Tantas veces el pueblo de Dios busca algo bueno en la tumba vacía de su corazón. Por tanto el ángel también podría dirigirse a ellos con las palabras: *“¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?”* (Lc. 24:5).

En séptimo lugar, es un pueblo incrédulo en sí mismo, y muchas veces echan las palabras de Jesús “al viento”. El Señor Mismo los llama incrédulos, y les dice: *“¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho!”* (Lc. 24:25). Así es; casi siempre las angustias y problemas del pueblo de Dios son el resultado de su propia incredulidad.

En octavo lugar, es un pueblo que es indispensable. A pesar de que no pueden creer en sí mismo, es su gran consuelo que son necesitados. El Padre los necesita, porque los ha amado desde la eternidad; Cristo los necesita, porque son las perlas de Su corona; y el Espíritu Santo los necesita, porque Él mora en ellos. El cielo los necesita, porque sin ellos no tendría habitantes; la Iglesia los necesita, porque son los miembros vivos de ella; los siervos de Dios los necesitan, porque son los Aarón y Hur que sostienen sus manos con sus oraciones (Ex. 17:12); hasta el mundo los necesita, pues son la “corcha” en que flota todo el mundo.

Por último, es un pueblo que es inexpressablemente bendecido, porque todo el gozo que Cristo ha conseguido es para ellos. Todos los frutos de la cruz, y todos los beneficios temporales y eternos que ha ganado Jesús a través de obediencia pasiva y activa, y por Su muerte y resurrección, son para ellos, y les son dados y aplicados.

Antes de terminar con unas palabras de aplicación personal, vamos a cantar del **Salterio 260, las estrofas 1, 2, 3 y 6**.

APLICACIÓN

Queridos amigos, ¿en qué consiste el consuelo que recibe el pueblo de Dios de la tumba vacía?

Bueno, hijo de Dios, presta atención. Este consuelo nos dice: *“No está aquí, pues ha resucitado”*. Tú estás buscando en el lugar equivocado; estás buscando entre los muertos al que vive. Lo buscas en la tumba, pero la muerte no tiene ningún poder ante el Jesús Vivo. Oh hijo de Dios, esta es una instrucción muy dulce, aunque tal vez te humilla, porque te muestra que estás buscando equivocadamente. No obstante, son palabras de consuelo, porque también te dice: *“Ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor”*. Cuando Jesús ha estado en un lugar, siempre deja algo por el cual tú puedes saber que ha estado ahí. Así será si Jesús te ha visitado en tu casa y en tu corazón, aunque ya se ha ido de nuevo. El pueblo de Dios llega a conocer a un Jesús que va y viene, pero que siempre deja algo cuando sale; Él deja en el corazón una dulce relación con Él, un temor filial, una promesa que nunca nos dejará huérfanos, sino que siempre regresará.

Asimismo en la tumba vacía Jesús dejó algo; dejó los lienzos y el sudario que había estado sobre la cabeza. También dejó el mensaje: *“No os asustéis; buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado, no está aquí; mirad el lugar en donde le pusieron. Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo”* (Mc. 16:6, 7). Galilea era un lugar humilde y despreciado por los demás. Piensa en esto, tú que buscas a Jesús; estas palabras se dirigen a ti. No encontrarás a Jesús en Judea tan piadoso, sino en aquella Galilea despreciada. También para ti la búsqueda tiene que pasar por lugares humildes.

Sin lugar a dudas, este mensaje del ángel de Dios fue de mucho consuelo para las mujeres; sin embargo, no había ninguna satisfacción en sí en estas palabras. Las promesas van *delante de* los encuentros; no obstante, las promesas dan cierta paz para el pueblo de Dios. Hijos de Dios, las promesas pueden despertar nuestra esperanza, pero no pueden llenar el lugar vacío. Nosotros necesitamos a Él que promete; esto fue el deseo de estas mujeres también. Si me preguntan: “¿Cuándo reciben los hijos de Dios este consuelo?”, la respuesta es: cuando personalmente en su corazón se encuentran con el Cristo Viviente y resucitado. Es cuando por la fe podemos ver y admirar cómo Él ha pagado el precio en la cruz por la gran culpa de nuestros pecados. Esto sucede cuando, por la fe, podemos ver el hecho de que a través de Su resurrección, *“Sorbida es la muerte en la victoria”* (1 Co. 15:54). Por medio de Su resurrección, Él ha conseguido la salvación eterna y así ha abierto el camino al cielo, para que nosotros podamos comprender y creer lo que dijo Ana, la madre de Samuel: *“Jehová mata, y él da vida; él hace descender al Seol, y hace subir”* (1 Sam. 2:6).

Nuestro consuelo es aún más si podemos “abrazar” al Jesús Viviente con los brazos de la fe, y si podemos creer que Él murió para *nuestros* pecados, y que resucitó para *nuestra* justificación. ¿Qué es el resultado cuando sucede esto en nuestra vida? Entonces desciende en nuestra alma *“...la paz de Dios, que*

sobrepasa todo entendimiento” (Phil. 4:7); entonces podemos conocerlo, Quien es el Arca de Seguridad para Su pueblo; entonces podemos esperar que algún día, igual que Jesús, nosotros vayamos a resucitar de la muerte gloriosamente. Esta tumba vacía nos enseña que toda la Iglesia de Cristo saldrá de sus tumbas vacías algún día. Luego, como fruto de la resurrección de Jesús, seremos unidos con Él para siempre con cuerpo y alma, y para que nuestro cuerpo sea semejante al cuerpo de la gloria de Cristo, para así reinar con Él para siempre.

Queridos amigos, ahora quisiera hacerles una pregunta a cada uno: ¿Compartes *tú* de este consuelo que es el resultado de la tumba vacía, o te es algo no conocido? Oh, considera que esta es una pregunta muy seria, y la respuesta tiene que ver con tu salvación o tu perdición eterna. Examínate honestamente ante los ojos del Dios Omnisciente, para ver si tú perteneces a ese pueblo bendito para quienes Jesús ha pagado la deuda y obrado la redención eterna. ¿Conoces a ti mismo como uno que merece la muerte? ¿Has aprendido alguna vez que eras un prisionero de Satanás por causa de tu propia culpa y pecado? ¿Se puede decir de ti: “*Él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados*”? (Ef. 2:1). ¿Alguna vez has experimentado tu necesidad de un Fiador para tu culpa? Te pregunto: ¿necesitas tú a Jesús, al Jesús Viviente? ¿Alguna vez, has salido de tu cama antes del amanecer para buscar a Jesús, tal como estas mujeres? O, ¿perteneces tú a aquellos que no se dan cuenta de su culpa en absoluto, y por lo tanto no necesitan a Jesús?

Recuerda, amigo mío, que algún día tú también saldrá de tu sepulcro y dejarás tu tumba vacía. La tumba vacía de Jesús nos predica que seguramente habrá la resurrección de los vivos y los muertos, tanto de los malos como de los justos. Sin embargo, en esa resurrección habrá una gran diferencia. Los hijos de Dios se despertarán con regocijo para ser llevados con Él a la gloria eterna, mientras los malos se despertarán al terror eterno. Resucitarán como un criminal que ha sido condenado a la pena de muerte, y por quien ha llegado su día de “ajuste de cuentas”, cuando será echado para siempre por Dios. Querido amigo, no pienses de esto de una manera ligera; es un asunto de suma importancia.

Ustedes pequeños en la gracia que han llegado a conocer su condición y su culpa, y que lo han confesado ante el Señor, y que con estas mujeres están buscando a Jesús, les puedo decir que su bendición es grande. Oh, que el Señor Mismo les diera el oído para escuchar la voz que les viene de la tumba vacía, y que les dice:

Se gozará el manso en mi salvación;

Busca a Dios; vivirá tu corazón;

Porque Él oye a los necesitados,

No menospreciará a los afligidos. (Salterio 187:3)

Es mi deseo que muy pronto el Señor, en Su gracia soberana, les haga experimentar un Día de Resurrección tal como lo experimentaron los discípulos de Jesús y estas mujeres. Que tengan una Pascua en el cual el Señor, Jesús Viviente, se revele en su alma.

Hijos de Dios que son más establecidos en la fe: esto ya ha sucedido en su corazón. Oh, ¡grande es su privilegio! Ustedes han muerto con Jesús y también han resucitado con Él. Esto sucedió para que vivan una vida nueva y piadosa.

Y ahora, ustedes que profesan tener esta fe, ¿se revela esto en tu vida? ¿Se puede ver en su comportamiento y su andar que has estado con Jesús? Recuerden que si no se ven los frutos, tengo que decirles con la Palabra de Dios que su fe es muerta; *“Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma”* (Stg. 2:17). Oh, si realmente hemos resucitado con Jesús, entonces hemos recibido una nueva vida; es aquella vida que fluye de Cristo. *“Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección”* (Ro. 6:5). Esta vida no puede ocultarse; tiene que verse en los frutos. Donde no hay estos frutos, su fe sólo es algo de su imaginación, y no pueden esperar más que ser cortados como un árbol que no lleva frutos para ser echados en el fuego.

Es cierto que los verdaderos hijos de Dios llegan a conocer el “invierno” espiritual; sin embargo, esto no los deja pasivos. Más bien, esto hace que oren al Señor qué Él los visite de nuevo.

Ahora bien, a tal fin que el Cristo resucitado otorgue a cada uno de nosotros Su Espíritu y Su gracia. Amén.